

luto sobre todos los convidados, y la angustia debió entene-
cer el corazón de los amigos del Maestro.

Su presencia en Bethania era ya conocida en Jerusalem. Un
gran número de Judíos, con esta noticia, habían acudido para
verle, á él y á Lázaro. Los jefes del Sanhedrín habían dejado
entender que ni el mismo Lázaro escaparía. Este milagro vi-
viente les irritaba.

La razón de Estado, invocada por el sacerdote Kaifás, aconse-
jaba la violencia; cada vez se estaba más resuelto á la vio-
lencia.

Todo presagiaba una catástrofe; y esta vez, lejos de huirla,
Jesús iba á afrontarla.

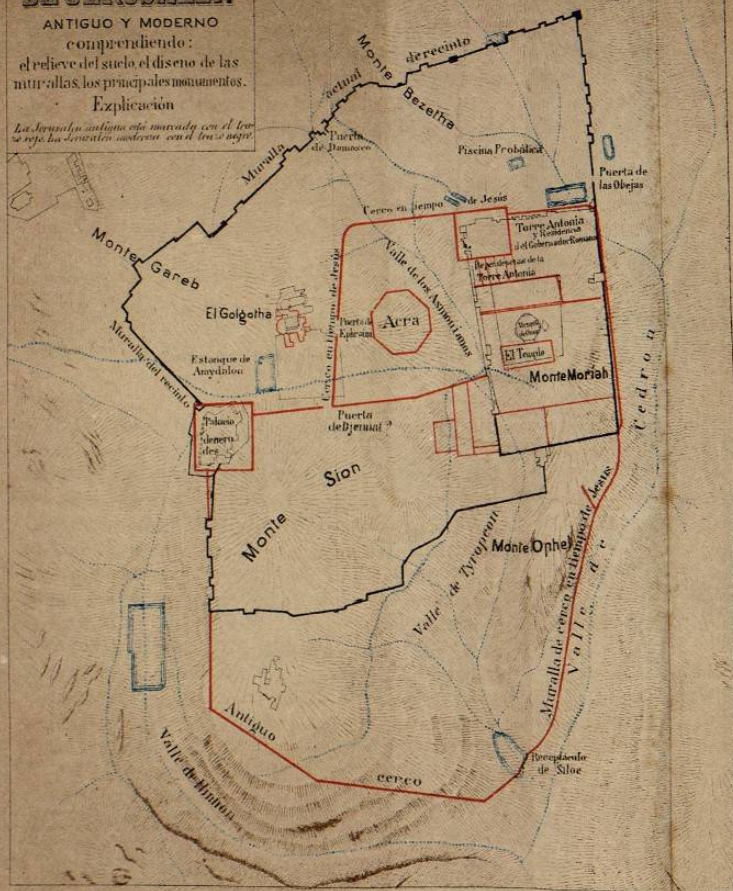
LIBRO QUINTO.

MUERTE DE JESUS Y MAS ALLA.

PLANO DE JERUSALEN

ANTIGUO Y MODERNO
comprendiendo:
el relieve del suelo el diseño de las
murallas los principales monumentos.
Explicación

La Jerusalén antigua está marcada con el color
rojo la Jerusalén moderna con el color negro.



LIBRO QUINTO

CIUDADE DE JERUSALEN



CAPITULO I.

LA ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALEM.

El día siguiente del sábado, ¹ el primer día de esta gran semana en la que Jesús debía morir, el 10 de Nisán (2 de Abril del año 30), fué para él un día de triunfo. El partió de Bethania con sus discípulos, y tomó el camino de Jesusalem. La multitud innumerable de peregrinos, que habían acudido por la Pascua, de toda la Judea, de la Idumea, de la Galilea, de más allá del Jordán y de tierras remotas, estaba advertida de la presencia del gran Profeta.

Los numerosos discípulos referían á todo el que llegaba las maravillas de su vida, sus virtudes y sus milagros sin cuento; la resurrección de Lázaro sobre todo llenaba de admiración; queríase ver á aquel que verificaba semejantes prodigios. Al propagar la gloria de su Maestro, ellos preparaban, sin saberlo, la manifestación popular que iba á estallar. En despecho de la defección del pueblo, en Galilea, el año precedente, ² su

¹ La Pascua cayó, en el año 30, en viernes. El festín de Jesús en la casa de Simón tuvo lugar seis días antes de la Pascua; según Juan, XII, 1, debía estar colocada en sábado. Al día siguiente, Jesús llegó á Jerusalem.

² Véase el libro III, cap. IX.

fama había crecido aún. La multitud se obstinaba á ver en él, á su pesar, al Mesías de sus ensueños. La oposición encarnizada de la jerarquía, lejos de dañar á Jesús en la opinión de la masa, le valió más bien un exceso de simpatía. Decíase que el Reino de Dios iba en fin á aparecer; esperábanse con una impaciencia febril los acontecimientos. Más ardientes y más independientes los Galileos, querían aclamar á su Profeta y hacerle una ovación, á su entrada en la ciudad.

Jesús siguió con sus discípulos el camino que trepa la pendiente oriental del monte de los Olivos. Al acercarse á Bethphage ¹ se detuvo, y dijo á dos de los suyos, mostrándoselas:

—“Id á la aldea que está delante de vosotros; y tan luego como hubiéreis entrado, encontraréis una burra atada, y con ella á un pollino sobre el cual ningún hombre ha montado aún; desatadlos, y traédmelos. Y si alguno os dice: ¿Qué hacéis? responded: El Señor los necesita. Inmediatamente él los dejará llevar.”

Todo pasó como Jesús lo había dicho.

La burra y el pollino estaban atados afuera en la puerta, entre dos caminos; los discípulos los desataron y los condujeron al Maestro; ellos extendieron sobre el pollino sus vestidos y le hicieron montar sobre él.

Desde que se supo que él se dirigía á Jerusalem, el pueblo acudió al encuentro de él. ² El entusiasmo se apoderó de los discípulos y de la multitud. Ellos extendían sus capas, á lo largo de la ruta, bajo el paso del Profeta, cortando ramas de árboles y esparciéndolas por el suelo; otros tensan en la mano palmas, y se llegaban á él, clamando: “Hosana en las alturas!” Los que abrían la marcha y los que seguían se enviaban sus aclamaciones prolongadas. La conciencia popular hacía, en fin, explosión, ella tributaba justicia á aquel que venía á salvarlo todo. Si ella tiene sus horas de extravío y de locura, ella tiene también su sinceridad ardiente y sus resplandores de

¹ Mat., XXI, 1; Marc., XI, 1; Luc., XIX, 29.

² Juan, XII, 12 y sig.

verdad. Jesús, que hasta allí, en su vida pública, ha rechazado toda ovación, huyendo y temiendo la efervescencia del pueblo, acepta el triunfo que le es ofrecido. El acoge esos gritos que aclaman su título de Mesías y la venida de su Reino; él los ama. Es preciso que la verdad sea saludada, y que al glorificarla, el hombre se honre.

Esta ovación de un día estaba en los designios de Dios. Los Profetas la habían anunciado y descrito, hasta en sus detalles característicos. Uno de ellos decía, hace seis siglos:

—“Alégrate, Hija de Sión.

“Prorrumpes en gritos de alegría, Hija de Jerusalem.

“Ved, que tu Rey viene á tí.

“El es humilde y montado sobre un asno,

“Sobre un asno,—el hijo de una burra.

“Yo destruiré los carros de Ephraim.

“Y los carros de Jerusalem.

“Y los arcos de guerra serán anonadados.

“Y anunciará la paz á las naciones.

“Y él dominará del uno al otro mar.”

Jesús cumple la profecía y ejecuta la voluntad de su Padre. El sabe que este triunfo le lleva á la muerte. El puede gozar sin ebriedad. El no está sin mezcla de amargura. Los fariseos, dispersados en la multitud, hacen oír la nota discordante:— Maestro, dicen á Jesús, con un tono destemplado é indignado, haced callar á vuestros discípulos!

Esos prudentes ocultan mal su despecho; la verdad les ofende; ellos tiemblan con el pensamiento de las consecuencias de semejante demostración. ¿Qué van á decir los Romanos, al saber que el pueblo aclama á su rey?

Jesús les respondió,

—“Si esas gentes se callan, las piedras hablarán.”

Desde hacía dos años, él había dado pruebas tales de su misión mesiánica, que hasta las piedras del camino, si ellas hu-

¹ Zacarías, IX, 9-10.

bieran podido hablar, le hubieran dado testimonio. Pero, el hombre que se obstina contra la evidencia puede llegar á ser más insensible y más inerte que la roca.

La palabra de Jesús era, para esos fariseos, un reproche sangriento. Ellos no comprendieron.

El entusiasmo popular crecía, y á medida que avanzaba el cortejo, los discípulos, llenos de alegría, alababan á Dios, mezclando á aclamaciones de la multitud la narración de las maravillas que ellos habían visto, siguiendo á su Maestro. La irritación de los Fariseos se agravaba. En su despecho y su cólera, se les oía decir: Ved, nuestras amenazas no han servido de nada, todo el mundo le sigue.

Ese pueblo á quien ellos desdaban en el fondo y para quien no tienen sino palabras de desprecio, tratan por lo mismo de ponerle á sus plantas como un rebaño de esclavos; al ver á esa masa inclinada, pasiva, ellos se creen poderosos; pero que una personalidad más fuerte que ellos se las robe y la liberte, robándosela á ellos, ellos se sienten atacados de ese odio particular á todos los poderes que caen; ellos no retroceden ante nada para levantar su prestigio y conservar la autoridad. Hasta el crimen les parece sagrado.

Cuando Jesús hubo franqueado la arista del monte de los Olivos, en el punto mismo en donde el camino desciende hacia el valle del Cedrón, descubrió á sus pies á Jerusalem. Esta vista le llenó de tristeza. Lloró. Sollozó sobre ella.

—“Si tú también,” exclamó, “al menos en este día que te es dado aún, concocieras lo que haría tu paz! Pero, al presente, esas cosas están ocultas á tus ojos.

“Llegarán días sobre tí, en los que tus enemigos te rodearán de trincheras, ellos te encerrarán y te estrecharán por todas partes: te derribarán, á tí y á tus hijos; y ellos no dejarán sobre tí piedra sobre piedra, porque tú no has conocido el tiempo en el que has sido visitada.”

¹ Luc., XIX, 37 y sig.

² *Εχθροισιν.*

Esta es una de las raras circunstancias en que Jesús lloró: sus lágrimas, en medio de su triunfo pacífico, tienen una punzante melancolía. Esta alegría de un día, que el Padre le procura antes de sus luchas y sus dolores supremos, él la olvida, para no pensar sino en su pueblo, en su ciudad ingrata y culpable, en el destino espantoso que ella se prepara.

Jerusalem es la cabeza y el corazón de la nación, el asiento del poder religioso que personifica á Israel. ¿Por qué es preciso que ese poder se ciegue, se obstine, se irrite y se escandalice? ¿Por qué esos grandes sacerdotes, esos ancianos, esos maestros de la Ley, esos guardianes de las tradiciones, esos jefes de la raza elegida, no comprenden absolutamente aquello que los sencillos, los pobres, los humildes, los despreciados, han comprendido? ¿Por qué su conciencia blasfema, mientras que la conciencia del pueblo aclama al Elegido de Dios?

Estos pensamientos abruma, oprimen el alma de Jesús. Todavía es tiempo para ellos de reconocerle; proclamándole Mesías, ellos pueden salvar á Israel y darle la paz de Dios. La angustia indecible de Jesús no se fija en su propia suerte; él está resignado; sino en la suerte de su nación y de la ciudad que pedirá su suplicio. Esta ceguera va á desencadenar sobre Israel calamidades sin número. La jerarquía, desconociendo al verdadero Mesías, será llevada por su falso patriotismo á todos los excesos y á todas las aberraciones. Ella tratará en vano de contener la fiebre del pueblo impaciente de libertarse. Los Zelotas provocarán la guerra más implacable, y, queriendo una vana gloria, una vana libertad, esos energúmenos se harán los ejecutores inconscientes de la venganza de Dios. Jesús lo sabe; el porvenir está presente á sus ojos: él vé á Jerusalem sitiada, atacada, entregada á fuego y sangre, á sus hijos degollados, y á sus casas, á sus monumentos, á sus palacios, hasta su templo, destruidos.

Lleno del todo con esos pensamientos cuyo duelo contrastaba con los Hosannas de la multitud y la alegría ardiente de

sus discípulos, Jesús, en medio de su cortejo real, hizo su entrada en la ciudad. Jerusalem toda estaba en conmoción. Viendo pasar á esta multitud, escuchando sus aclamaciones, preguntábase qué sucedía; y todos aquellos que le acompañaban decían en son de triunfo: ¡Este es Jesús! el Profeta de Nazareth, en Galilea.

Esta ovación popular permanece sencilla, pacífica y religiosa. Nada de la pompa mundana. Ningún aparato guerrero, ningún grito de rebelión contra el poder. Ramas de árboles arrojadas en el camino, vestidos extendidos bajo el paso de Jesús, cantos religiosos, el gran Hallel mesiánico, tal como se enseñaba á los niños para aclamar al Hijo de David, en el día en el que él apareciese.¹ La cabalgadura del triunfador se agrega todavía á la humildad, á la pobreza del triunfo. El desdén el caballo de los conquistadores; él se presenta sobre el pollino de la burra, él no quiere reinar sino por una misericordia infinita. La multitud que le precede y que le sigue está compuesta sobre todo de Galileos,—esos provincianos que se desdén en Jerusalem.

Los Romanos no se inquietaron por ese rey tranquilo y dulce que no amenazaba para nada su poder, y los Saduceos soberbios han podido ver con desdén pasar el cortejo.

El fué directamente al Templo.²

Este mismo día, el 10 de Nisan, estaba consagrado por la Ley á la elección del cordero pascual.³ Esta coincidencia debe ser señalada. Ella permite suplir al silencio de los documentos respecto al sentido de esta entrada de Jesús á la casa de su Padre; él se sabe la Víctima eternamente designada, y él mismo viene á ofrecerse. La era de los holocaustos materiales ha pasado; es necesario á Dios el holocausto espiritual y divino: hélo aquí. Su reinado mesiánico no se establecerá si-

¹ Succab, cap. III.

² Mat., XXI, 10 y sig.; Marc., XI, 11.

³ Exod., XII, 3.

no por su muerte. Antes de reinar sobre las conciencias, es preciso que él muera.

Al entrar al Templo, Jesús vino á orar delante de ese altar sangriento cuyo fuego iba para siempre á extinguirse, y á quien él debía reemplazar. La oblación de sí mismo á su Padre era de todos los instantes; en ese día fué renovada en silencio. El misterio doloroso de su destino comenzó; pero él le guardó en lo más profundo de su alma, mientras que los discípulos, incapaces de comprenderlo, á pesar de sus declaraciones repetidas, se entregaban á las esperanzas de un triunfo próximo y resplandeciente.

Después de haber orado, él inspeccionó todo, dice uno de los Evangelios, examinó como señor lo que pasaba. El vió los ruidosos preparativos de la fiesta, los rebaños de bueyes, de toros, de terneras, de ovejas, de corderos, acorraladas en el patio de los paganos, como en un matadero; él vió con una mirada triste ese mercantilismo que deshonoraba la casa de la oración; vió á las galerías transformadas en pasaje, escuchó las disputas de las escuelas adversas y las agitaciones de la multitud, observó el formalismo vacío de esos Fariseos buscando la justicia en la fidelidad á las prácticas del todo exteriores, y la dura codicia de esos sacerdotes que traficaban con el altar, las víctimas, el Templo, y se enriquecían con la devoción del pueblo; él comprobó la degradación profunda en que todo había caído. En la víspera de esos días en los que él iba á consumir su sacrificio y establecer el acto decisivo que regeneraría no solamente á los elegidos de Israel, sino á la humanidad entera, él quiso observar de cerca, y largamente, la miseria moral de su pueblo en ese Templo en donde todo hubiera debido ser santo, y que estaba invadido por la mojigatería, la venalidad y la hipocresía.

Ya era noche. Salió con los Doce y volvió á tomar el camino de Bethania. Volvió á encontrar la hospitalidad en la ca-

¹ Marc., XI, 11.

sa de sus amigos. De esas horas, de esas noches últimas, nada sabemos. Todos los detalles de la vida del Maestro, en esa semana sangrienta, se han desvanecido ante los hechos que han preparado y precipitado el desenlace.

Al día siguiente, acompañado de los Doce,¹ volvió á Jerusalem. Ese regreso fué marcado con un episodio misterioso que hirió la imaginación de los apóstoles.

Cuando salió de la aldea, Jesús tuvo hambre. Todo el territorio de Bethania está cubierto de viñas y de árboles frutales; ahora, él descubrió de lejos, en la orilla del camino, á una higuera que tenía hojas; no era todavía la estación de los higos. Entonces, él la dijo: "Nadie, en lo de adelante comerá de tu fruto."

La palabra fué observada por los discípulos, quienes se sorprendieron. Jesús, sin embargo, sin decir nada, prosiguió su camino.

Llegado á Jerusalem, entró al Templo;² pero esta vez, como Señor, como en el día en el que había hecho su primera aparición. La vista de las mismas profanaciones sacrílegas le rebeló y desencadenó sus cóleras santas. Se puso á arrojar del patio de los paganos á los compradores y á los vendedores, derribó las mesas de los cambistas y los taburetes de los que vendían palomas; él no sufrió que ninguno transportase ningún vaso para el Templo.

—"¡Cómo," les dijo indignado, "está escrito que mi casa será llamada la casa de oración para todas las naciones, y vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones!"

Aquellos, que la víspera le habían proclamado Hijo de David y Rey, aquellos que habían sido ofendidos por esas aclamaciones, podían comprender de qué manera él entendía su reinado.

Ningún acto simboliza con una energía más expresiva el pa-

¹ Marc., XI, 12 y sig.

² Mat., XXI, 12 y sig.; Marc., XI, 15 y sig.; Luc., XIX, 45.

pel eterno de Jesús en esta tierra á donde él viene á establecer su Reino. La corrupción del hombre allí es de tal manera activa y contagiosa, que, abandonado á sí mismo, el hombre corrompe la cosa más santa,—la religión,—y mancha el lugar más sagrado,—el Templo. La religión llega á ser una escuela de tráfico, y el Templo, siguiendo la palabra de Jesús, un antro de ladrones.

Es preciso que Jesús intervenga para abatir y alejar ese escándalo. Por todas partes en donde su brazo armado del látigo no ha herido, el lugar de la oración queda á merced de los profanadores, de los explotadores, de los ladrones y de los traficantes. Su celo irritado le forma una aureola; ninguno entre los hombres ha sido como él celoso de la pureza y de la santidad de la morada de su Padre.

En dos ocasiones en su vida, al principio y al fin de su carrera, arrojó á los vendedores del Templo; por un mismo acto de celo y de reforma intrépida él la inaugura y la termina. La crítica ha tratado de identificar, de confundir estos dos hechos; los documentos establecen claramente su distinción, y ningún motivo serio podría debilitar su testimonio. Lo mismo que en todos los instantes Jesús tenía la conciencia absoluta de su filiación divina, igualmente él ha considerado al Templo, la morada de su Padre, como la suya. El llega ahí y obra, ahí enseña como señor; todo aquello que la deshonra le indigna y le subleva. La primera expulsión, al abatir un abuso intolerable, un escándalo odioso manifestó con lucidez sus pretensiones mesiánicas, la segunda las confirma solemnemente. La santa pasión del honor de Dios de esta manera es la primera y la última palabra de su obra; él comenzó por invitar al pueblo á la reforma, él termina protestando contra el espíritu de codicia que va á perderle.

Por lo demás, ha llegado el tiempo en el que sus rebaños destinados al sacrificio no tienen razón de ser. Pertenece á aquel que debía ser el eterno holocausto, el ahuyentar y aco-

sar á esas víctimas cuya sangre no había purificado nada y que el Padre no quería. Una potestad extraordinaria de intimidación resplandecía en él, cuando entregándose á su celo ardiente, la mansedumbre y la dulzura cedían á la cólera santa del justiciero.

Sin embargo, en el momento mismo en el que él acaba de emplear el rigor contra los culpables é indignos, su ira se apagaba á la vista de los enfermos y de los débiles que acudían á él.¹

Los humildes no le temían: él les atraía; su miseria á su vista se sentía llena de esperanza. Los ciegos y los cojos se aproximaron; él les curó.

El pueblo maravillado por sus milagros y sus esperanzas, atestiguaba visiblemente su simpatía por el Profeta. El ardor, el entusiasmo de la víspera no se desmentía. Los niños repetían en el Templo las aclamaciones que habían resonado, en la descensión del monte de los Olivos, cuando Jesús hizo su entrada. Ellos clamaban: "Hosanna al Hijo de David!"²

Esas aclamaciones produjeron escándalo. Las autoridades del Templo, los Escribas y todos aquellos que combatían á Jesús, llegaron á él indignados:—¿Oís lo que estos dicen?

Su calma y la oportunidad de sus respuestas les desconcertaban. El les confundió con una palabra:

—"Sí, los oigo. Y vosotros, nunca habéis leído esta palabra del Libro: Oh Dios! vos habéis puesto la alabanza en la boca de los niños y de aquellos que están mamando."³

El mundo no ha cambiado; y las palabras de Jesús permanecen. Los pequeños, los inocentes, los corazones sencillos son los únicos que reconocen á Dios y quienes le aman; los soberbios, los espíritus hinchados de su ciencia, las falsas conciencias imbuidas de su justicia, no ven nada; la verdad les

¹ Mat., XXI, 14.

² Mat., XXI, 15 y sig.

³ Salm., VIII, 3.

ofusca, Dios les contraría, su Enviado les irrita; satisfechos de sí mismos, ellos no piden sino gozar y dominar.

La actitud soberana, autoritativa, de Jesús en el Templo, el favor popular que acogía su enseñanza, el entusiasmo creciente producido por sus milagros, todo contribuyó á excitar el despecho y el odio celoso de sus enemigos. Su partido estaba tomado; Jesús debía morir. El gran Consejo estaba resuelto á condenarle. Los miembros influyentes entre la clase de los sacerdotes y los doctores se ocupaban del medio práctico de perderle.

Un obstáculo les detuvo: el pueblo. Ellos temían una revolución; ellos querían que todo pasara sin ruido; temían á Jesús.¹

De consiguiente, en este momento crítico, él no tiene otro apoyo que la multitud. Agrada verle defendido por lo que tiene de más humilde y más terrible; la conciencia se regocija, al ver al poder prevaricador y traidor á la verdad tenido en jaque por la multitud, un instante al servicio del derecho, de la virtud, de la santidad, del mismo Dios.

Al apoyo humano del pueblo, momentáneamente cautivo bajo su acción, la humanidad es deudora de los últimos días de Cristo. El Templo es su último campo de batalla; para bien establecer que su misión es puramente religiosa, que su mesianismo nada tiene de político, él no deja la casa de su Padre. Allí, y no en la calle ó en la plaza pública, es donde él enseña y obra, tratando de convidar á su luz á las buenas voluntades del pueblo. Se extasiaba al escucharle;² él tenía suspendida con su palabra á la multitud que trepaba en los pórticos, derramando á torrentes su doctrina y sus beneficios, de la mañana á la tarde.

Puesto el sol, se retira y vuelve á tomar con los suyos el camino de Bethania. Al día siguiente, á la primera hora,³ vuelve acompañado de sus discípulos, siguiendo el mismo camino

¹ Marc., XI, 18.

² Luc., XIX, 48.

³ Marc., XI, 20 y sig., Mat., XXI, 18 y sig.

que la vispera. Ahora, al pasar, los discípulos vieron á la higuera, seca hasta la raíz.—Maestro, exclamó Pedro, la higuera que habéis maldecido se ha secado.

Este árbol, herido por la maldición de Jesús, es la única criatura que ha sufrido la potestad destructiva de aquel cuya dulzura con respecto á los hombres era sin límites. La potestad vengadora del mal estaba en él; Juan le había pintado como el gran Juez, con el arnero en la mano, separando el grano de la paja y arrojando la paja al fuego inextinguible; él tenía el poder de mortificar y de vivificar, de abrir el cielo y de abrir el abismo; él debía revelarles. Pero en su carrera pública, no queriendo sino el bien de los hombres, él no perdona á los culpables y no ha dejado ver su poder de muerte sino sobre esa higuera sin fruto.

Símbolo transparente del que la tradición universal¹ ha descubierto el sentido oculto, la verdadera higuera estéril es ese pueblo elegido, plantado por Dios en una tierra escogida. En el tiempo marcado, Jesús, el Enviado del Padre, ha venido á pedirle la penitencia y la fe: éstos eran los frutos de los que él tenía hambre; con qué afán él los cosechó! La criatura privilegiada que engaña á la bondad y á los cuidados del Criador, su espera y su amor, siempre es herida de muerte.

La historia está sembrada de restos de todas las obras humanas que el Espíritu vivo de Dios no ha edificado y que han caído bajo los golpes del tiempo. Ella está amontonada de cadáveres de los seres estériles que, nacidos del sopro de Dios, no han respondido á su llamamiento y han hecho traición á su destino. Incapaz de producir ningún fruto religioso, él permanece en pie; sin embargo, atestigüando por su esterilidad misma, la terrible maldición que Jesús ha hecho pesar sobre él.

La vista de la higuera maldita, y muerte de esta maldición, no parece haber despertado en el alma de los discípulos más que la idea aterradora de la potestad del Maestro. Respecto

¹ Cf. Orígenes, Tract., 16 y 18; San Jerónimo, in Matth., ad h. 1.

de él, no pensó sino en inculcarles una fe más completa, y les dijo: "Tened fe en Dios."

Toda potestad sobrenatural tiene su raíz en la fe total, en Dios.

El hombre de fe plena entra en comunión con el Ser divino, y Dios tiene de él el instrumento de su bondad y de su fuerza. Si toda potestad ha sido dada á Jesús, es porque su humanidad está invadida por la plenitud del Espíritu divino; subordinada á su impulso soberano, ella ejecuta sin desfallecimiento las voluntades, los movimientos y las obras. Lo mismo que él era, Jesús pidió á los discípulos serlo.—"Entonces, dijo, "nada os resistirá."

"En verdad, os declaro, cualesquiera que diga á esta montaña: Levántate y arrójate al mar, y no vacile en su corazón, sino que crea que todo lo que ha dicho puede hacerse, él la hará en efecto."

Se falsearía de un modo extraño, la doctrina y la palabra de Jesús, si se creyera que el Espíritu de Dios está á las órdenes de los caprichos del hombre y de sus vanos deseos. No debemos pedir á Dios sino su santa voluntad, y para tener el sentimiento, es preciso orar; unirse á ella con la abnegación absoluta. Entonces, solamente el Espíritu de Dios nos infundirá el buen deseo, el deseo que Dios escucha siempre, puesto que viene El.

—"Por esto," decía Jesús, "yo os afirmo, cualesquiera que sea la cosa que pidáis en la oración, creed que la obtendréis y os será dada."

Semejante oración supone la caridad perfecta, el corazón recto y bueno. "Cuando os dispongáis á orar, si tenéis alguna cosa contra vuestro hermano, perdonadle á fin de que vuestro Padre en los cielos os perdone también vuestros pecados."

La misericordia infinita del Padre celestial es la recompensa de nuestra misericordia; él tiene piedad, él ama á los que aman, les escucha y les acoge.

¹ Mateo, XXI, 20 y sig., Marc, XI, 22 y sig.

Todas esas enseñanzas que reasumen su religión, Jesús mil veces, en diversas ocasiones, las ha reproducido. A la aproximación de su muerte, ellas llegan á ser más conmovedoras y más expresivas. El las recuerda, todavía hoy, en ese camino de Bethania á Jerusalem, volviendo á desafiar los peligros que le amenazan y á cuyo encuentro la voluntad de su Padre le ordena marchar.

Esta jornada del 12 de Nizan es la última que él va á pasar en el Templo. La multitud se le ha adelantado y sus enemigos ahí le esperan.



CAPITULO II.

ÚLTIMOS CONFLICTOS EN EL TEMPLO.

En toda sociedad humana, religiosa ó política, regularmente constituida, el iniciador que remueve la opinión, el censor que estigmatiza los vicios del régimen establecido y apela á la reforma, el novador que aspira á perfeccionar lo que es—todos, genio ó profeta,—levantan la hostilidad del poder. En presencia de esas personalidades poderosas cuya inspiración no releva de ella, la autoridad se alarma; aterrorizada, ella se irrita; amenazada, ella oprime y persigue.

Esta es una ley de la historia que rige á todos los pueblos; ella está escrita en la nación judía con caracteres de sangre. Los hombres de iniciativa, en ella, son los profetas, los enviados de Jehovah, aquellos que su palabra viva anima, ilumina, conduce. Elías, Amos, Miqueas, Isaías, Jeremías, Daniel, Juan Bautista, ni uno solo de esos héroes que no haya sido la víctima del poder sacerdotal y real, ó de las pasiones populares. Los seres escogidos por Dios, á fin de mejorar á la humanidad y á las naciones, son siempre víctimas de su vocación, ellos caen bajo los golpes de aquellos mismos á quienes vienen á salvar. Cuando la multitud exasperada se vuelve contra

ellos, ella les mata, con su cólera instintiva y brutal. El poder trae de ordinario, con su oposición y su lucha, la perfidia y la legalidad; armado del derecho soberano de juzgar y de condenar, antes de apoderarse de su víctima, él se da el tiempo de probar que ella es digna del último suplicio, y que al emplear el rigor, mantiene el orden y sanciona las leyes.

Ninguna iniciativa igualará á la de Jesús. De todos los hombres que han conmovido á su pueblo, él es el más poderoso. La influencia que él ejerce llega á las profundidades de la conciencia; él da la energía que paraliza al mal en su causa misma, y, al fundar el Reino de Dios, él cria verdaderamente un mundo nuevo. El ha debido, más que nadie, sublevar el odio y las persecuciones del poder. ¿Cuáles han sido los últimos estúpidos de este odio, sus maquinaciones y sus ardides péfidos? Los documentos evangélicos nos lo enseñan con una abundancia de detalles que prueba la impresión dejada en los testigos por esas escenas violentas.¹

Las autoridades judías, siempre más exasperadas, trataban de apoderarse de Jesús. Desde la víspera, ellas deliberaban, se concertaban, tenían conciliábulos. Queríase á toda costa evitar el ruido, cubrir la violencia con la máscara de la legalidad y de la justicia. Un motín, provocado por el arresto de Jesús, podía tener las más graves consecuencias, determinar la intervención armada de los Romanos, y exponer al gran sacerdote y á sus consejeros á las severidades del gobernador.

El procedimiento más seguro era cuestionar primero á Jesús con astucia, para conducirlo á él mismo á hacerse traición por algunas palabras hábilmente provocadas, quienes comprometiéndole para con el pueblo y los Romanos, motivarían su arresto y su llamamiento ante la alta asamblea. Se adoptó este plan.

El Sanhedrín, desde las famosas sesiones en las que Kaiás habla aconsejado brutalmente la muerte del Profeta, esta-

¹ Cf. Mat., XXI, 23; XXIII; Marc., XI, 27; Luc., XX.

ba unánime. Los miembros que pertenecían al sacerdocio, los notables del país y los letrados, todos, por interés religioso ó político, querían desembarazarse de Aquel á quien ellos llamaban desdeñosamente "el Galileo."

El 12 de Nizan, en la mañana, habiendo entrado al Templo, Jesús caminaba bajo los pórticos, enseñando y evangelizando á la multitud. Una diputación de sacerdotes, de Escribas y de ancianos se acercó y le pidió cuenta de la misión que él se arrogaba.—¿Con qué derecho haces tú esas cosas? y ese derecho ¿quién te le ha dado?

El papel mismo de Jesús es el que está puesto en sospecha. Los emisarios no se equivocan respecto á las pretensiones del Profeta. Desde su advenimiento, él no ha cesado de afirmarlas. Desde hace tres días, él se hace aclamar, como Mesías, por la multitud de sus partidarios; él ha entrado al Templo como reformador, él obra y enseña allí, como maestro. ¿Con qué derecho? El no ha recibido el mandato del poder; entonces es un usurpador, un perturbador, un seductor, un novador.

Al pedirle esos títulos, los enemigos de Jesús no buscan la luz; ellos quieren de él una palabra que pueda perderle y servir de base á la acusación proyectada. Evidentemente, ellos aguardaban la confesión formal de su mesianidad y de su filiación divina. Semejante declaración no era nueva en la boca de Jesús. Sus discursos, desde la fiesta de las Cabañuelas, en Jerusalem, y en pleno Templo, eran el comentario y la demostración. Los Sanhedritas habían debido oírlos lo mismo que la multitud. Ellos entonces sabían sobre qué fundaba Jesús su misión, y de qué manera él comprendía el Reino mesianico y su título de Mesías.

Jesús rehusó responder. ¿Para qué entregar la verdad á los péfidos? ellos merecen mejor ser confundidos y desenmascarados.

¹ Mat., XXI, 23 27; Marc., XI, 27-33; Luc., XX, 1-8.

—“Yo también os haré,” dijo á sus interrogadores, en presencia de la multitud, “una pregunta. Si respondéis á ella, entonces, yo os diré, con qué derecho he obrado. ¿El bautismo de Juan fué del cielo, ó de los hombres? Respondedme.

La cuestión era embarazosa. Si ellos respondían: Del cielo —se condenaban á sí mismos, y Jesús les hubiera dicho, á aquellos que habían rehusado el bautismo: ¿Por qué entonces no habéis creído? Pero si, para justificar su incredulidad, ellos respondían: De los hombres,—la multitud que estaba allí les hubiera lapidado, porque todos tenían á Juan por un profeta.

Ante esta alternativa, los enviados del Sanhedrín callaban. Ellos no tuvieron ni el valor de su convicción.—Nosotros no sabemos, dijeron, prefiriendo mejor declararse ignorantes, incompetentes, que afrontar la cólera del pueblo ó reconocer la sabiduría de Jesús.

—“Entonces,” respondió Jesús, “ni yo os diré por qué protestad obro.” Al confesar su ignorancia respecto á la misión divina de Juan, los representantes del poder y de la ciencia sagrada en Israel, príncipes de los sacerdotes y Escribas, se condenaban ellos mismos. ¿Cómo! el advenimiento de un profeta, de un enviado de Dios tal como Juan,—el hecho religioso el más extraordinario del siglo y claramente predicho en los profetas, ¹—acababa de verificarse, y el Sanhedrín no le comprendía! ¿El no sabía si fué el cielo ó los hombres quienes inspiraron al Bautista! Esos guardianes oficiales del culto y de la legalidad no son los servidores de Dios; ellos no piensan sino en ellos mismos, en conservar su poder, en mantener los antiguos usos, en multiplicar las sutilezas de su casuística. La voz del Espíritu rugió, como el león, en el desierto de Judá: ellos no la oyen.—Nosotros no sabemos de donde viene ella, dicen ellos. ¿Si ellos no son capaces de oír y de reconocer á Aquel que precede al Señor y le abre el camino, cómo escucharían al Señor mismo y cómo le reconocerían ellos?

¹ Isaias, XL, 3; Malaq., III, 1, 2.

¡Cosa extraña! los últimos del pueblo, los pecadores y las cortesanas, han comprendido, y los primeros, los titulados justos, pontífices y doctores, no sabían. Siempre así sucede: las manifestaciones de Dios, en la humanidad, iluminan á las almas sencillas y á las conciencias que se arrepienten; ellas ciegan á los espíritus que se creen fuertes, y á los corazones engañados por su falsa justicia. Dios no es conocido y entendido sino por aquellos mismos que le llevan vivo en ellos.

Había, en la nación judía, una autoridad superior á la dignidad real y al sacerdocio: Jehovah. El velaba sobre ella, y en algunas ocasiones, él intervenía por la palabra de los profetas. Ante esas manifestaciones divinas, el deber de la autoridad no era ni la lucha, ni la indiferencia, ni la incredulidad, sino la obediencia y la fe. Repudiar ó perseguir al enviado de Dios, es repudiar y perseguir al mismo Dios.

Jesús. evoca el ejemplo de Juan cuyo recuerdo estaba ardiente todavía en la conciencia del pueblo, y, afirmando el derecho divino del profeta, él insinuó el suyo propio. ¿Quién había formado á Juan desde el seno de su madre? ¿quién le había atraído al desierto? ¿quién le había dado el poder de bautizar, de pregonar la penitencia y de publicar la venida del Reino? ¿Los grandes sacerdotes y los doctores? No; el Espíritu de Dios todo lo había obrado en él. Ahora, no hay autoridad contra el Espíritu de Dios.

Era entonces preciso creer en Juan, escucharle y seguirle. El poder ha prevaricado. Jesús se lo reprocha severamente.

—“¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. El se acercó al mayor. Hijo mío, ve hoy á trabajar á una viña.—Yo no quiero, respondió. Pero después, tuvo remordimientos, y fué.

—“Entonces, acercándose al otro, le hizo el mismo mandato. Este respondió: Yo voy, Señor. Y él no fué.

—“¿Cuál de los dos,” preguntó Jesús á los Sanhedritas, “ha hecho la voluntad del Padre?” Ellos dijeron:—El primero.

¹ Mat., XXI, 28-32.

El les condenó por sus mismos principios y agregó sin figura:

“En verdad, yo os digo, los publicanos y las cortesanas os precederán en el Reino de Dios; porque Juan ha venido á vosotros en la vía de la justicia, y vosotros no habéis creído en él, pero los publicanos y las cortesanas han creído en él; y vosotros con este ejemplo no os habéis arrepentido, de modo que creyerais en él.”

Apremiado por sus poderosos adversarios, Jesús frustró así sus ataques y les desconcertó, tomaba sobre ellos la ofensiva, les metía en la dificultad y la confusión, y les reprochaba con una autoridad divina su infidelidad y su ceguedad.

Entonces, él se volvió hacia el pueblo; y como si él juzgare á los grandes indignos de escuchar la verdad, refirió á todos en una nueva parábola¹ lo que él era, de dónde venía, cuál era su misión, cuál sería su destino.

Los grandes escuchaban.

—“Un hombre, un padre de familia, plantó una viña, la rodeó de un vallado, é hizo un lagar y edificó una torre; después, habiéndola arrendado á unos viñadores, partió para un viaje lejano.

“Y, en el tiempo de la vendimia, envió á uno de sus criados para que recibiera de los labradores su parte del fruto. Pero ellos, habiéndole cogido, le golpearon y le despacharon vacío.

“Segunda vez les envió otro criado, y también á este le hirieron en la cabeza y le llenaron de afrentas.

“Tercera vez envió otro, y le mataron; y otros muchos, de los cuales hirieron á unos y mataron á otros.

“Y el señor de la viña dijo:—¿Qué haré?

“Teniendo un hijo que le era muy amado, se los envió, el último.—Tal vez, se decía él, al ver á mi hijo ellos me respetarán.

¹ Mat., XXI, 33-34; Marc., XII, 1-11; Luc., XX, 9-18.

“Pero los viñadores se dijeron unos á otros:—Este es el heredero, venid, matémosle, y será nuestra la herencia.

“Y echándole la mano, le mataron y sacaron fuera de la viña.

“¿Qué hará entonces el señor de la viña? Vendrá y perderá á esos viñadores, y dará la viña á otros quienes darán sus frutos á su tiempo.”

A estas palabras, aquellos que se sintieron asustados, se indignaron:—¡No plazca á Dios! dijeron ellos, como para desviar ese mal presagio.

Jesús les miró, su rostro se puso severo, amenazador.

—“¿No plazca á Dios, decís?” “¿Qué quiere decir entonces esta palabra del Libro? ¿No le habéis leído? La piedra lanzada por aquellos que edificaban se ha convertido en el vértice del ángulo.

“Esta es la obra del Señor: ella es prodigiosa á sus ojos.”

En seguida, él dijo en términos propios estas palabras que esclarecen toda la parábola: “Sí, el Reino de Dios os será quitado; él será dado á un pueblo que producirá los frutos.”

Y, volviendo á la piedra profética, agregó: “Aquel que caiga sobre esta piedra se estrellará; aquel sobre quien ella caiga será estrellado.”

Jesús no podía expresar más claramente lo que él era y de dónde tenía sus derechos. La viña plantada por el padre de familia, el odio que le rodea, el lagar cavado, la torre de guarda edificada en medio, es Israel, la nación escogida por Dios, con la Ley que la protege, con su Templo y su culto. Los viñadores son la jerarquía. Los criados enviados á la colecta de los frutos y sucediéndose unos á otros, son los profetas. ¡Qué destino el suyo! El Espíritu de Dios les llenó, y los señores temporales de la viña, lejos de acogerles, de corresponder á su mandato y de llevar á sus pies una parte de la vendimia,

¹ Salm., CXVII, 23.

les cogen, les golpean, les hieren y les despachan con las manos vacías.

El hijo del Padre de familia, es Jesús mismo. El está sobre todos los profetas. Su título es único, su derecho absoluto. El viene, humilde y dulce, sin otra aureola que su divinidad velada por el amor: él es el más ultrajosamente tratado; se le saca fuera de la viña y se le mata, como se había perseguido y torturado á aquellos que le habían precedido.

¡Ay de los viñadores infieles y malvados! ¡Ay de la jerarquía culpable! Puesto que ella rechaza, persigue y mata á aquellos que vienen de parte de Dios, puesto que ella no perdona ni aun al Hijo, Dios va á vengarse.

El Reino cambiará de señor; él será transferido de los Judíos á los paganos. El pueblo escogido será el pueblo reprobado, y las naciones abandonadas llegarán á ser las naciones escogidas.

En cuanto al Hijo, su reprobación de parte del poder prevaricador será el principio de su gloria; él se convertirá en la piedra angular del edificio nuevo. Los hombres encargados de edificar le rechazan, pero Dios la exigirá para soportar toda la obra; ese prodigio admirará á toda la tierra.

Los enemigos de Jesús no le derribarán, ellos se estrellarán contra él, y, cuando el juicio sea abierto, esta misma piedra caerá sobre aquellos que le habían querido derribar, y ellos serán destruídos.

Este recuerdo valeroso de las infidelidades y de los crímenes del poder con respecto á los profetas y hacia el mismo Hijo de Dios, esas amenazas proféticas de la cólera divina, la reprobación próxima de la jerarquía traidora á su mandato, esa destrucción de todos los adversarios de Jesús,—todas esas verdades severas exasperaban á los príncipes de los sacerdotes y á los Escribas. Su cólera estalló; ellos querían desde el mismo momento arrestar á Jesús; pero el pueblo le defendió, y el poder tembló ante el pueblo.

Ellos se alejaron, meditando nuevas maquinaciones.

Querían á toda costa comprometer á Jesús ante la autoridad romana. Al hacerle pasar por un revolucionario, un agitador peligroso, ellos armaban contra él al gobernador, quien no vacilaba jamás en atacar á cualesquiera que amenazara los derechos del Imperio. La intriga fué sabia y rápidamente urdida. Los jefes se encubrieron; ellos apelaron á sus discípulos; se eligió á algunos Fariseos y á algunos Herodianos; los primeros ardientes partidarios de la independencia nacional, los segundos, ligados á la familia de Herodes, á pesar de su origen extranjero, resignados como ella al vasallaje de César. Esos dos partidos, ordinariamente en guerra, se entendieron para combatir y para perder á Jesús. La política está llena de esas alianzas criminales.

Los emisarios, después de haberse concertado, se llegaron á Jesús. Afectando escrúpulos de conciencia y fingiendo no querer sino la justicia, ellos comienzan á halagar á aquel á quien esperan sorprender: Maestro, sabemos que habláis y enseñáis con toda rectitud, que, sin excepción de persona, enseñáis la vía de Dios en la verdad.

Después de este elogio hipócrita, cuyo fin era impedir á Jesús sustraerse á la cuestión y esquivar una respuesta, ellos añadieron,—¿Nos es permitido pagar el tributo á César ó no?

Ninguna cuestión más pífida podía haber sido puesta á Jesús como la del impuesto romano: ella apasionaba á la multitud, ella se confundía con la independencia del país. En nombre del impuesto los agitadores sublevaban la opinión y provocaban las revoluciones. El pueblo no le pagaba sino resistiendo; él cedía á la fuerza y esperaba á su Mesías para romper el yugo. Los Galileos, sobre todo, tenían la reputación de indepen-

¹ Un pasaje del *Talmud*, *Juchasin*, fol. 19, 1, arroja una verdadera luz respecto á los Herodianos. Ahí se dice que Hillel y Menahem estaban hace tiempo á la cabeza del Sanhedrín, pero que Menahem se puso al servicio del rey Herodes, y que él fué seguido de ochenta hombres espléndidamente vestidos. Tal fué el origen de ese partido disidente que se formó bajo el nombre de Herodianos. Cf. Lightfoot, *Horæ hebraicæ et talmudicæ*, pág. 220.

² Mat., XXII, 15 y sig.; Marc., XII, 13-17; Luc., XX, 20, 26.

dientes bravos. Aquellos que querían provocar la respuesta de Jesús respecto al impuesto, le tenían seguramente por un adversario absoluto de la dominación extranjera, y ellos no dudaban que en su calidad de Galileo, con sus pretensiones mesiánicas, amigo del pueblo, él condenaría el tributo, ese símbolo de la esclavitud. Esta era la palabra esperada.

El Señor adivinó la astucia, y con una palabra hizo caer la máscara.

—“¿Por qué me tentáis vosotros?” les dijo. “Traedme la moneda del censo; que yo la vea.”

Ellos le presentaron un denario, con la efigie del Emperador.

—“¿De quién es esta imagen y esta inscripción?” Ellos le respondieron:—De César.

—“Dad entonces á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.”

Era un adagio jurídico en las escuelas que por todas partes en las que la moneda de un rey tiene curso, los habitantes le deben tener por señor. Dos clases de monedas tenían curso entre los Judíos, la una profana, la otra sagrada; la una simbolizando el derecho terrestre y político de la autoridad civil, la otra el derecho de Dios. Jesús se sirvió de este signo para formular una de las verdades más desconocidas y más necesarias: la distinción de las dos sociedades á las que el hombre pertenece y de los dos deberes esenciales que se derivan para el hombre. Materialmente, por su cuerpo, por su vida física y exterior, él se adhiere á la sociedad humana, á su pueblo y á su país; él es el sujeto de un poder político. Espiritualmente, por su vida interior y su conciencia, él se adhiere á la sociedad religiosa, él es el sujeto de Dios.

En algunas palabras, Jesús traza la vía en la que la humanidad camina en lo venidero. Toda la antigüedad, y hasta los mismos Judíos, han vivido en una teocracia en donde se con-

1 Talmud. Hierosol, fol. 20. 2. Cf. Maimon, in Gezilah. c. V.

fundían la Religión y el Estado. La fuerza de las cosas llevada por Dios había obligado á Israel á separarles, porque su nacionalidad perdida, Israel no era ya sino una Iglesia. Pero la esperanza ambiciosa de llegar á ser un gran pueblo y de renovar la vieja teocracia, subsistía. Desde que Jesús ha dicho: “Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios,” la distinción de la Religión y del Estado está fundada, absolutamente establecida. El Reino espiritual que él va á crear no se confundirá más con los reinos de la tierra; él vivirá entre ellos, lo más frecuente combatido y perseguido; pero él respetará su derecho; él no renovará jamás las doctrinas del Gaulonita, él no se vengará de ellos y de sus odios, sino penetrándoles de justicia, de bondad y de paz. Los Estados nada tienen que temer de la Iglesia de Jesús: ellos no recibirán mas que beneficios, y ellos no tendrán garantía más segura de progreso y de tranquilidad que á aquel que ha dicho: “Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.”

Esta sencilla y poderosa fórmula contiene toda la ley de las sociedades humanas cuya evolución no es posible sino en el indestructible acuerdo de la autoridad y de la libertad. Sin Dios, la autoridad vuelve á la tiranía y la libertad á la rebelión. Cuando los poderes políticos, siempre propensos al despotismo, vendrán á imponerse brutalmente á la conciencia, ellos serán rechazados por los discípulos de Jesús que han aprendido de él que es preciso dar á Dios lo que es de Dios; y cuando los pueblos, siempre impacientes del yugo, se dejen llevar al espíritu de rebelión, ellos serán contenidos por aquel que ha dicho: “Dad al César lo que es del César.”

La vida entera de Jesús confirmó su doctrina. Jamás se le vió agitar á la multitud en las plazas públicas; ni una palabra de sus labios que descubra la rebelión contra la autoridad. Si el tetarca le amenaza, él continúa su misión pacífica; si los jefes religiosos le acechan y le quieren perseguir, él se retira lleno de tristeza. Cuando el pueblo, incapaz de comprenderle, quiere proclamarle rey, él huye y le desanima para siempre,

revelándole con toda intención, bajo la forma la más chocante, su misión mesiánica. Hasta cuando él acepta sus aclamaciones, él no las ama sino en la víspera de morir; y nada en este entusiasmo popular puede inquietar á los señores del mundo. Sus apóstoles y sus sucesores han seguido su ejemplo; en medio de las persecuciones, ellos predicán la obediencia á aquellos que tienen la espada bajo la que ellos caerán.¹

La bellaquería de los emisarios enviados para comprometer á Jesús, ha sido frustrada. Esos falsos justos no pueden rehusar su admiración á su sabiduría; ellos se callan y se van confundidos, maravillados.

Todos los partidos parecen encarnizados en torno de Jesús. Se le estrecha, se multiplican las cuestiones. Es una palabra de orden, provocarle y tenderle lazos.

Después de los Príncipes, de los Sacerdotes y de la ciencia jurídica quienes le piden los títulos de su misión; después de los Fariseos y los Herodianos que esperan perderle, al suscitar la cuestión de la legalidad del impuesto, ved á los Saduceos burlescos y escépticos. Estos son los espíritus positivos del tiempo. La idea de otro mundo les parece insensata; ellos se burlan de los Fariseos devotos que sacrifican la vida presente al sueño de la vida futura. Ellos hacen poco caso de los profetas, ellos no aceptan sino la Ley propiamente dicha, y no ven en ello sino un reglamento sabio de los intereses y de las cosas de la tierra. Ellos han aventajado á ciertos críticos modernos, y pretenden, como ellos, que nada en la ley, afirma la inmortalidad. Ellos niegan la resurrección. Espíritus limitados, de corta vista, no hallan sino absurdo en las doctrinas extrañas á su sabiduría legal. Ellos tienen la arrogancia y manejan con gusto el sarcasmo. Ellos contaban con embarazar á Jesús como á un sencillo Fariseo, proponiéndole uno de esos problemas que hacían el gasto de sus cuestiones de escuela, y ante

¹ Rom., XII, 1. Cf. I Tim., II, 1; I Pedro, II, 23.

cuya solución sus adversarios habían debido frecuentemente quedar sobrecogidos.¹

—Maestro, le dijeron, Moisés ha escrito: Si un hombre muere sin dejar hijos, el hermano deberá casarse con la mujer del difunto, á fin de suscitarle una posteridad.

Pues bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero tomó una mujer y murió sin hijos. El segundo se casó después y murió sin dejar hijos también. Y el tercero igualmente. En fin, los siete se casaron con ella, uno después de otro, y no dejaron hijos. La mujer murió, después de todos. En la resurrección, cuando ellos resuciten; ¿de quién de ellos será la mujer? pues todos los siete la tuvieron por esposa.

Jesús la toma muy elevado con esos casuistas. Las sutilezas de escuela le son extrañas. Su respuesta es la del Espíritu que sabe, que ve los misterios de la eternidad como las realidades del tiempo.

—“Os engañáis,” les dijo, “no comprendéis ni las Escrituras y la potestad de Dios. En la resurrección, los hombres no tendrán mujeres, ni las mujeres maridos; ellos ya no podrán morir, ellos serán como los ángeles; serán los hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección.”²

El signo de las inteligencias vulgares es juzgar todo según lo que ellas ven, sin poder elevarse hacia lo invisible. Ellas hacen á Dios á su imagen y ellas se figuran la eternidad como el mundo que pasa. La generación y el matrimonio son una ley de la tierra, ellas serán, según ellas, una ley del cielo. No, la eternidad es la imagen de Dios; los justos, libertados de la materia, no conocerán mas que las leyes del Espíritu, y sus cuerpos también transfigurados, escaparán de la esclavitud de la animalidad y llegarán á ser luminosos y libres como el Espíritu.

La dificultad suscitada por los Saduceos no existe, ella vie-

¹ Mat., XXII, 23-32; Marc., XII, 18-27; Luc., XX, 27-38.

² Cf. I Cor., XV, 36-44; este es el comentario elocuente de la palabra del Maestro respecto á la vida futura.

ne de sus falsas ideas. ¡Cuántas antinomias, cuántas imposibilidades se desvanecen cuando se aprende á no medir las cosas conforme á nuestros sistemas siempre estrechos, sino á la claridad de la doctrina del único Maestro!

Y á fin de dar á sus adversarios una enseñanza fundada en la Escritura que ellos aceptaban, pero que no comprendían:

—“Negáis la resurrección,” les dijo: “Moisés manifiesta que los muertos resucitan. ¿El Señor no le dijo, en el zarzal ardiendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora bien, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Todos viven en El.”

Lo que Dios ha creado, él lo conserva. Las formas cambian, las sustancias permanecen. El ser inteligente puede desaparecer de la tierra y desprenderse de su cubierta; pero él vive en la venganza ó en el amor de Dios, rebelado ó sumiso, desdichado ó feliz, degradado ó transformado.

La sabiduría de Jesús tuvo un nuevo triunfo. Los oyentes extasiados le aplaudían; algunos Escribas, satisfechos de ver á los Saduceos refutados y confundidos, le decían:—Maestro, habéis dicho muy bien. ¹

Uno de ellos mismo,—un doctor que había oído la interrogación de los Saduceos y la respuesta de Jesús,—se aproximó á él y le preguntó cuál era el primero de los mandamientos.

—“El primero de todos los mandamientos,” le respondió el Maestro, “vedle aquí: Escucha, Israel; Jehovah, tu Dios, es el único Dios. Y tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas.

“El segundo le es semejante: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Ningún mandamiento es mayor que éstos.”

El doctor le dijo:—Bien, Maestro, lo que habéis dicho es la verdad. Jehovah es uno; no hay otro Dios más que él; y se le debe amar con todo su corazón, y con toda su intelligen-

¹ Mat., XXII, 33; Luc., XX, 39.

cia, y con toda su alma y con toda su fuerza; amar al prójimo como á sí mismo, es más que todos los holocaustos.

Aquí se halla la expresión pura del judaísmo, tal como la enseñaba el sabio Hillel. El amor está sobre todos los holocaustos. Esta era la gran doctrina de los profetas, despreciada por los formalistas. Sin embargo, no está todo ahí para el justo. Falta alguna cosa que hacer á aquel que ama á Dios y al prójimo. Jesús, al aprobar la sabiduría del Escriba, lo deja entender.

—“Tú no estás lejos,” le dijo, “del Reino de Dios.”

La verdadera doctrina y la virtud no son más que una preparación para el Reino, ellas no abren las puertas; la fe sólo nos introduce en él. No es sino creyendo en Jesús que el Espíritu de Dios nos ha dado, y que, regenerados por ese Espíritu, nosotros participamos de la vida misma de Dios. Antes de este renacimiento, nosotros no somos sino los servidores de Dios; después, llegamos á ser sus hijos. Antes, nosotros no amábamos á Dios sino con todas las potencias de nuestro ser; después, nosotros le amamos con esas mismas potencias elevadas y divinizadas por su Espíritu. ¹

De esta manera, en medio de luchas incesantes que asediaban á Jesús bajo los pórticos del Templo, en el último día en el que enseñó, él aparece siempre más invulnerable y más triunfante. El escapa á todos los lazos. Se cree perderle, se le engrandece. La astucia de sus enemigos no logró sino poner su fuerza en movimiento; él alumbra y conduce á aquellos que, á ejemplo de ese doctor sin artificio, vienen á él con la paz y la sinceridad.

¹ Cf. Ep. á los Galat., III, 2-7; Rom., VIII, 15 y sig.